

bro. Por nuestra parte, reproducimos algunas de las opiniones de Pierre Sudreau. «Se dice: la carrera de armamentos aporta el equilibrio por el miedo. Los más grandes políticos, ¿no han mantenido siempre el mismo razonamiento? El mundo se encuentra, hoy día, en una situación de paz armada que recuerda curiosamente a la de Europa antes de 1941». «Los dramas de la Historia humana, a través de tantos gritos, lágrimas y sangre, tenían, al menos, una excusa: la esperanza de un mundo mejor. La ilusión ya no está permitida. En la era atómica, la guerra no puede, al precio de la vida de algunos hombres, mejorar la suerte de los otros». «Hoy día, los

cohetes intercontinentales cubren un hemisferio entero. Los instrumentos de alerta y de detección están situados a miles de kilómetros de los países que deben proteger. Una red de satélites puede amenazar cualquier lugar del globo de una destrucción inmediata. Ya sea para el ataque o para la defensa, las fronteras han perdido su valor absoluto». Pierre Sudreau estima que la complicación técnica y científica de los actuales armamentos ha modificado la óptica militar de forma que los ingenieros, los sabios han tomado el puesto de los estrategas. «La carrera de armamentos se desarrolla en la actualidad en los laboratorios y en las más modernas fábricas».

CINE EN TRANCE

"Retrato de una confusión en forma de paroxismo"

«Entre Dios y el Diablo, la Izquierda y la Derecha, unos personajes llenos de angustia, de alienaciones y de erotismo, se debaten solitarios a la espera de un destino. Un destino que deben esperar de la violencia, del desorden estético y moral de la violencia». Con estas palabras terminaba Glauber Rocha un comentario sobre su película «Terra em transe», en el pressbook realizado para el Festival de Cannes del año anterior, donde se proyectó sin que figurara en el Palmirés oficial. Y decía también: «La situación de América Latina: crisis entre los valores tradicionales de la cultura ibérica y la actual tragedia del subdesarrollo. Es un estado de trance (...). En nuestro cine todo está por hacer: la estética, la distribución, la explotación, la producción. Todo por igual, simultáneamente. Debemos hacer nuestro cine, mientras que nuestros personajes intentan hacer la Historia. Es un estado de trance. Un cine que no acepta el pasado, que no acepta las influencias culturales, un cine que se debate entre la novedad y la inexistencia es un cine en estado de trance».

Aunque con frecuencia no sean los autores quienes mejor definen sus propias obras, en este caso hay que decir que Glauber Rocha explicita sus películas y la situación en la que se producen con exactitud y rigor. Su cine es, en efecto, un cine en trance, ante el que no valen las actitudes críticas tradicionales, los esquemas al uso, basados totalmente en un concepto burgués y europeo de la cultura, que nada tiene que hacer ante el exabrupto, el restallido que son las películas de Rocha y, junto a ellas, gran

parte de las pertenecientes al «novo cinema» brasileño, uno de los fenómenos más apasionantes del momento. Rocha hizo «Dios y el diablo en la tierra del sol» a los veinticinco años. Es su segunda película, a la que seguiría la ya citada «Terra em transe», última, por ahora, de sus obras. En ella el realizador, a partir de una serie de mitos populares del Nordeste brasileño, los «beatos» y los «cangaceiros», los «justicieros» a sueldo de la reacción y la falta de conciencia del pueblo, aliado por leyendas y misticas contra las que no es capaz de rebelarse, construye una ópera cinematográfica que equidista de Eisenstein y Bertolt Brecht. Querer ver en «Dios y el diablo» un simple testimonio es minimizar su alcance. Existe, sí, testimonio, pero trascendiendo a través de la reflexión y de un tratamiento dialéctico riguroso que convierte la aparente desconexión, el también sólo aparente caos expresivo de Rocha, en algo de una absoluta coherencia. El desorden narrativo, la violencia de las imágenes, la construcción de cada fragmento del film como algo independiente de los demás, pero que sólo adquiere su sentido en relación con ello es consecuencia natural no sólo de la postura del realizador ante el cine, de su necesidad de romper con una tradición cultural europeizante y por ello alienante, sino también de toda la realidad brasileña, del modo cómo en un país tan complejo, tan contradictorio, se producen los acontecimientos sociales, los conatos de revolución. Porque hay que decir ya que «Dios y el diablo» es una película, ante todo y esencialmente, revolucionaria, como lo es

"DIOS Y EL DIABLO EN LA TIERRA DEL SOL"



art buchwald

LA MENSUALIDAD DE BOBBY

WASHINGTON.—Mrs. Rosa Kennedy, madre del senador Robert F. Kennedy, echó leña al fuego en la campaña presidencial de su hijo al decir a una periodista del "Women's War Daily", que no veía nada de malo en gastar buena parte del dinero de la familia en la campaña de Bobby. Mrs. Kennedy dijo: "Es nuestro dinero y lo gastamos como nos da la gana... La campaña es un negocio; cuando uno tiene dinero, lo gasta para ganar más y cuanto más tenga, más puede gastar..."

Mrs. Kennedy añadió que su familia no era distinta a la de Rockefeller. "Somos iguales. Somos dos familias que nos podemos permitir el lujo de emplear mucho dinero en las campañas".

Cabe imaginarse una conversación telefónica de Mrs. Kennedy con Bobby:

—Hola, Bobby, soy tu madre. He oído decir que ya no te queda nada de tu mensualidad, tras las elecciones primarias de Indiana, y andas pidiéndole dinero prestado a tu hermano Teddy.

—Así es, mamá. Fui con tiento, pero sencillamente, se me voló el dinero.

—Bobby, no puedes ser tan despilfarrador. Te di dinero más que suficiente para Indiana y Nebraska y esperaba que te sobrara para Oregón.

—De verdad lo siento, mamá; pero no sabes lo cara que está la televisión actualmente. Además, los periódicos de Indianapolis estaban en contra de mi y tuve que gastar una enormidad en cartelones y pasquines. Así que sin darme cuenta se me voló todo.

—No voy a sermonearte, Bobby, pero habíamos quedado en gastar menos.

—Está bien, mamá. Pero debo decirte que la mensualidad que me pasas es demasiado pequeña. Nelson Rockefeller recibe el doble que yo.

—No somos los Rockefeller, hijo; y además él es mayor que tú. Yo, efectivamente, podría darte algo más, pero quiero que seas frugal y que aprecies el valor del dinero. Después de todo, un futuro presidente debe conocer bien el valor del dólar.

—Me hablas como si fuera un derrochón y no gasto un centavo sin que esté justificado. No me he comprado ni un dulce ni he tomado un solo refresco.

—Te creo, Bobby; pero nuestros enemigos no hacen más que decir que el hijo de Rosa Kennedy se dedica a tirar el dinero por la ventana. Y esto me duele. Tedd acaba de llamarme para decirme que estás gastándote el dinero para tu próxima campaña.

—Tedd es un alarmista, mamá. Tengo un dinero apartado. Lo que ocurre es que Tedd está enfadado porque me diste a mí más para las elecciones primarias de Columbia, que a él para su campaña de senador por Massachusetts.

—No me gusta que os estéis peleando siempre por la mensualidad. Pero Tedd tiene razón. Si te lo gastas todo en las primarias no te quedará nada para las elecciones finales. ¿Por qué no ahorras para noviembre?

—Lo intentaré, mamá; pero si pudieras pasarme otros cien mil dólares semanales no tendría que estarte pidiendo dinero a cada rato. ¡Si es que todos mis competidores tienen más dinero que yo!...

—Hablaremos de esto cuando nos veamos. Mientras tanto, no despilfarres. No tienes por qué comprar un espacio de televisión cada vez que sientes el deseo de hablar.

—Está bien, mamá. Pero, entre tanto, ¿no podrás adelantarme mi mensualidad? Ethel va a tener otro bebé...

(Copyright 1968, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc. - Agencia Zardoya.)